

ganar nuevos prosélitos. La revolución verificada en Francia en el mes de julio de 1830, cooperó á los designios de los conspiradores. Seducidos por la lectura de las obras filosóficas y de los periódicos extranjeros, y animados por el ejemplo de las revoluciones consumadas en París y en Bruselas, se insurreccionaron el 17 de noviembre de 1830.

En vista de estos pormenores, no se ve seguramente qué acción pudo ejercer la Religión sobre su conducta (1). Ella no domina en las sociedades secretas, ni es ordinariamente el móvil principal de los estudiantes, ni de los militares, cual lo eran los conspiradores de Varsovia: en las exhortaciones que los conspiradores se hacían mutuamente para animarse á su empresa, se trataba de tiranía y de regeneración política, pero no de intereses religiosos. Por otra parte los fervorosos católicos no entregan víctimas al populacho. Varsovia, pues, vió entonces sucesos cuyo ejemplo no habían ofrecido París ni Bruselas: el populacho desenfrenado, unido á los soldados seducidos, después de haberse abandonado á la embriaguez y al pillage, degolló inhumanamente á las inocentes víctimas que les entregaba la venganza particular de los conspiradores; la sangre corrió á torrentes por las calles, y la matanza se prolongó durante toda la noche. Finalmente, sobre el carácter de la revolución de Polonia, podemos referirnos á la opinión de los liberales de Francia, quienes si la hubiesen atribuido un motivo y objeto católico, no se hubiesen apasionado por ella ni hubiesen abierto en su favor suscripciones cubiertas en poco tiempo con los nombres de todo lo mas fogoso por la revolución y mas frio por la Religión que había en Francia. La Fayette y los órganos de la prensa liberal no se hubiesen interesado en

(1) *Amigo de la Religión*, t. 67, p. 514.

un movimiento católico, y con justo título el partido republicano y anticristiano reclamaba la revolución de Polonia como propiedad suya.

En nombre del pueblo polaco se publicó un extenso manifiesto sobre su insurrección; y este escrito, que esponía las quejas de la Polonia contra la Rusia, recibió la firma de Przemowski, obispo de Plock (1); pero un solo obispo no representaba á todo el episcopado y al clero del reino. Que algunos religiosos franciscanos y bernardos se presentasen después para trabajar en las fortificaciones de Varsovia; que una vez consumada y estendida la revolución desde esta ciudad al resto de la Polonia, algunos piadosos católicos hubiesen creído deber tomar parte en el movimiento general; que la influencia del nuevo gobierno hubiese obtenido del clero rogativas para el triunfo de la revolución, estas circunstancias en nada debilitan lo que hemos dicho de las causas que habían provocado la insurrección en su origen, y no podría inferirse de ellas que la habían determinado motivos de Religión. Al principio de la primera revolución se habían visto también en Francia pobres religiosos ofrecerse á trabajar en los preparativos de la federación en el campo de Marte, y poco después se les despojaba de sus bienes, interin se les arrojaba de sus monasterios y se les obligaba á comer el pan del destierro: la ilusión de algunas personas demasiado confiadas no prueba la opinión general del clero de un país. Algunos eclesiásticos, y no todos, algunos eclesiásticos y aun en muy corto número en proporción de su número total en Polonia, tomaron allí parte en las turbulencias políticas.

Además de esto su falta parecía digna de excusa y de indulgencia, si se atiende á que vivían en una época en que por todas partes

(1) *Amigo de la Religión*, t. 66, p. 339.

voces impostoras invocaban los derechos de las naciones: en la que por todas partes estos derechos tan ensalzados se esponían con una apariencia de títulos y razones propias para inflamar los ánimos é inducirlos á error. En el caso particular de la Polonia, los conspiradores, aunque personalmente no eran movidos por un sentimiento religioso, tuvieron buen cuidado, para popularizar su causa y multiplicar sus prosélitos, de hacer valer principalmente el pretexto de defender la Religión y la Iglesia así como la honra de Dios. Si un motivo tan especioso produjo en el pueblo una profunda impresión, no podía dejar de arrastrar en pos de sí á algunos sacerdotes, supuesto que los intereses de la Religión y de la Iglesia deben ser aun mas caros al corazón del clero que al del pueblo. Aquellos eclesiásticos no ignoraban los preceptos del cristianismo sobre los deberes de los súbditos para con sus soberanos. Los sacerdotes polacos sabían ciertamente los ejemplos dejados por nuestros padres, cuando la necesidad y la desgracia de los tiempos los colocaron bajo la autoridad de los tiranos y de príncipes de religiones diferentes. La historia les decía, como á nosotros, que entonces los católicos se distinguieron sobre todos los demas súbditos por su obediencia y fidelidad, y que en el conflicto de las leyes del príncipe con las de Dios y de la Iglesia dieron testimonio á su Religión, no con la rebelión, sino con los padecimientos, con los tormentos y con la muerte. Pero en la revolución de Polonia, muchos eclesiásticos de este reino, aterrados á vista del gran peligro que amenazaba á la fé, creyeron que para defenderla, podían entonces, como en otras circunstancias se había creído poder hacerlo, usar de la fuerza para sustraerse al yugo del gobierno. En aquella turbación general, en medio del estruendo de las armas, á vista de la inmensa multitud de

muestras y heridos, con la perspectiva fundada de un porvenir soberanamente fatal á la Religión, era muy fácil confundir las ideas y establecer una asimilación entre casos enteramente distintos (1). Por haber sido criminal su conducta no deja pues de ser susceptible de excusa.

(1) «No investigaremos aquí, añade la Memoria que salió de las prensas de la Cámara Apostólica, cómo en los agitados ánimos de los sacerdotes de Polonia se representaron las guerras de los Macabeos, sobre todo si consideraban verdadera la opinión de Grocio, quien en el lib. 1.º, cap. 4. § 7 de *Jure belli ac pacis*, sostiene que los reyes de Siria, contra quienes se batían los Macabeos, eran los reyes legítimos de los hebreos. Se ven también después de la venida de Jesucristo, y en el seno de su Iglesia, algunos ejemplares que por error podrian creerse aplicables al estado de la Polonia.

«Cuando el emperador Leon Isáurico declaró, el año 720, la guerra á las santas imágenes, se hicieron de parte los católicos súbditos del emperador, en Oriente y en Occidente, diversas sublevaciones para la defensa de la doctrina y de la disciplina católica sobre el culto de las imágenes. El primer movimiento fué el de las Isas Cieladas y de los demas pueblos de la Grecia que se rebelaron en 726, y dando la corona Imperial á un tal Cosme, avanzaron con un ejército naval contra Leon. El impio Constantino Copronimo, hijo y sucesor de Leon, vió rebelarse contra él á Artabas, su primo, quien habiéndose mostrado siempre firme en la fé, fué muy amado y reconocido como emperador por los súbditos del imperio. Aun son mas conocidas las sublevaciones del Occidente, cuyos pueblos sometidos entonces al imperio de Oriente, irritados contra Leon Isáurico á causa de su edicto que prescribía el incendio de las sagradas imágenes, sacudieron el yugo de su antigua dependencia, y ayudados de otros príncipes y pueblos del Occidente proveyeron á su salvación no menos que á la defensa de la fé católica. No podemos estendernos sobre la historia de las empresas de los súbditos católicos contra los emperadores iconoclastas. Aconsejamos se consulte sobre esta delicada materia la disertación escrita en italiano por Orsi con este título: *Del origen del dominio y de la soberanía de los Papas sobre los Estados que les están sometidos temporalmente*. El capítulo 5.º de esta disertación hace especialmente á nuestro objeto, porque las observaciones del autor sobre el carácter particular de la persecución de los emperadores iconoclastas y los efectos que produjo en el orbe católico, nos conducen á explicar el equívoco que pueden haber presentado ó podían ofrecer por excusa los eclesiásticos polacos. Orsi, pues, hace observar que la persecución de los hereges iconoclastas se diferenciaba esencialmente de las excitadas por los paganos y por los demas hereges. Los gentiles, en efecto, estaban tan lejos de atacar á Dios directamente que declaraban perseguir á los cristianos como culpables de ateísmo por haber renunciado



En el momento en que estalló la insurrección de Varsovia, la Iglesia se hallaba en visperas de perder á su Gefe supremo.

al culto de sus dioses y por haberse puesto á venerar á un hombre crucificado y seductor de la Judea.

Los demas hereges, atacando algunas de las verdades enseñadas por Jesucristo, no dirigian sin embargo su cólera directamente contra Jesus, sino contra hombres á quienes, aunque falsamente, juzgaban enemigos de Cristo. Mientras que la persecucion de los iconoclastas se dirigia directamente contra las imágenes de Jesus, reconocido por ellos como verdadero Dios, y por consiguiente atacaba al mismo Dios, y su odio no solamente se derramaba sobre los católicos, defensores de las sagradas imágenes, sino tambien sobre esas mismas imágenes profanadas indignamente por ellos, pisoteadas y entregadas á las llamas. De esta diferencia resulta que los cristianos, aunque hubiesen sufrido en paz las demas persecuciones, no creyeron estar obligados á sufrir la de los iconoclastas. Y en la ciudad de Constantinopla, cuando un oficial de Leon Isáurico fué por su orden á golpear una célebre imagen de Jesucristo, para derribarla y destruirla, los católicos que presenciaron esta escena no pudieron menos de saltar impetuosamente sobre la escalera en que habia subido el oficial, de precipitarle con ella y matarle. Se hizo entonces una gran mortandad de aquellos católicos por orden del emperador; y de sus actas, referidas en griego y en latin por los Bolandos, en 9 de agosto, sabemos que no eran todos del populacho y del sexo femenino, cuyo celo irreflexivo hubiese podido escusarse por la ignorancia, sino de todo sexo y condicion. «Muchos en estos dias, dice el autor de estas actas, fueron honrados con la corona del martirio, entre los cuales se hallaron mugeres y hombres, sacerdotes y levitas, jóvenes doncellas y religiosas, oficiales y personas del pueblo, cuyo número y nombre solamente conoce Dios; porque nos sería imposible enunciarlos (a).»

«Debemos observar aqui que estos católicos se denominan en las actas *adornados con la corona de martirio*, punto sobre el cual el autor no queria dejar duda, pues añade, *porqu es preciso mirar esta muerte como un verdadero martirio*. En efecto, como lo hizo observar justamente Orsi, que nos suministra estas reflexiones, aunque la Iglesia prohibe admitir en el número de los mártires á los que provocan imprudentemente el furor de los tiranos, no usó de este rigor con los que precipitaron al oficial imperial, profanador de una imagen de Jesucristo; y la gloria de los santos mártires no les ha sido negada por nadie. La misma Iglesia, latina y griega, celebra su memoria el 9 de agosto. En la Iglesia latina, el Martirologio romano los propone en dicho dia á la veneracion de los fieles en número de 10, y

(a) «Multique eadem illa die redimti fuere corona martyrii; inter quos erant mulieres ac viri, sacerdotes ac levites, inuptae ac nuptiales, praesides ac subditi; quorum numerum et nomina solus novit Dominus: neque enim tanta nobis est facultas ut numerum eorum mire possimus, Pag. 412.»

Los trabajos del gobierno no podian dejar de alterar aun mas la salud quebrantada de

los llama martirizados por causa de la imagen del Salvador, que habian colocado en la puerta de bronce (a). La Iglesia griega señala un número mayor en el *menologio de Basilio*, que describe tambien la historia compendiada de su martirio. La autoridad de este menologio es grave pues se recopiló en el siglo décimo, reinando el emperador Basilio Porfirógénete.

«Por primera vez se publicó integro, con la traduccion latina al lado del testo griego, por el cardenal Albani, sobrino de Clemente XI, en Urbino, en 1627. Segun esta traduccion se lee en 9 de agosto: «Pasion del santo martir Julian y de sus compañeros. Sufrieron reinando el emperador Leon el destructor de imágenes.... porque, viéndole enemigo de las imágenes de los Santos que condenaba al fuego, sintieron renovar su celo en la tristeza que esto les causaba; pero cuando vieron hacer pedazos la venerable imagen de Cristo que estaba en la puerta de bronce, entonces manifestaron públicamente los sentimientos de su alma; y apoderándose del oficial (el espartario) que para hacer pedazos la imagen habia subido á una escalera, le precipitaron con ella al suelo y le mataron. Esta accion escitó la cólera del tirano, y los unos perecieron en el acto pasados al filo de la espada (eran muy numerosos, y entre ellos se hallaban muchas mugeres y Maria la Patricia); los demas fueron arrojalos en una prision, y despues de haberles quemado la cara ó hecho sufrir otros suplicios se les cortó la cabeza (b).»

Volviendo ahora al clero de Polonia, ya hemos hecho observar que en las últimas turbulencias, se procuró insinuar la idea de que combatir contra el gobierno ruso era defender al mismo Dios. Convenimos gustosamente en que á estas insinuaciones debia oponer el clero los *preceptos del cristianismo*. Sin embargo, bajo el pretexto de la gloria de Dios algunos eclesiásticos no temieron tomar parte tambien en el ataque dirigido contra el gobierno ruso. ¿Qué resulta de aqui? que su conducta fué criminal, pero no que se le deba negar toda excusa. *Hubo un tiempo*, en efecto, en que el Oriente y Occidente decidieron á la vez que en ciertos casos los *preceptos del cristianismo no prohibian á los súbditos sustraerse á la obediencia para con sus soberanos, ó usar contra*

(a) «Ob Salvatoris imaginem quam in porta aenea constituerant.»

(b) «Certamen sancti martyris Juliani et sociorum. — Hi Imperatore Leone iconomacho clarere. Animadvertentes enim illum a sanctorum imaginum adoratione aversum, atque eas igne absumere, zelum ex hoc concipiebant, moerore contabescentes. At, cum viderent venerandam etiam Christi imaginem, quae in aerea porta exstabat, effringi, aegrum animi sensum in medium protulerunt: et arrepto spatario qui scalam, effigiem destructurus, ascendebat, eum una cum scala dejicientes, interfecerunt; atque, ad iram commoto tyranno, alii quidem statim gladio consumpti (multi enim erant numero inter quos plures feminae et Maria patricia), alii custodis traditi, ac face combustis, plurimosque passi cruciatus, capite fuere obrucati.»

Pio VIII, sometido como Papa á exigencias tan multiplicadas (1). Ya hacia mucho tiempo que sentia una hinchazon en las articulaciones que le hacia molesto y doloroso todo movimiento. Las ceremonias en las que el Soberano Pontífice debe llevar vestiduras tan pesadas, le fatigaban mas que á cualquiera otro; pero aceptaba con una especie de heroismo sus vivos dolores, y no queria abreviar la duracion de

ellos de la fuerza para defender el culto sincero y legitimo de la divinidad. No puede decirse que las circunstancias en que se hallaba la Polonia fuesen semejantes á las mismas de que hablamos; mas podian parecer serlo á aquellos cuya alma estaba agitada, y es mas que facil en un estado de violenta inquietud tomar un sentido equivoco entre la verdad y la apariencia de las cosas.

En resumen, algunos de los individuos del clero polaco habian podido, en el terror general de la Polonia, mirar las persecuciones de los iconoclastas como una imagen fiel de las que la Rusia habia hecho ya sufrir á la fé católica en Polonia y de las mas terribles todavia que se temian en adelante; así, habian podido creer ser permitido á su nacion lo que en otro tiempo habia parecido ser licito en un imperio mas vasto y mas antiguo. Sin duda estaban obligados á tener mas prudencia antes de decidirse sobre este punto; en razon á que ademas de la oscuridad que envuelven estas cuestiones por la dificultad que hay en discernir lo que puede negarse ó concederse al César sin ofender á Dios, el peligro de engañarse se aumentaba aun para ellos á causa de la preocupacion del espíritu de partido en que se hallaban. Con un examen mas tranquilo y detenido hubiesen facilmente conocido que el gobierno ruso, aun molestado á sus súbditos católicos, se proponia si hacerlos á todos cismáticos, pero no tenia la intencion de imitar enteramente á los iconoclastas, ni de hacer directamente la guerra á Dios. No era pues permitido combatir con las armas, sino que se debia hacerlo con la fuerza de la virtud. Finalmente, notemos bien que la resistencia opuesta á los emperadores iconoclastas es considerada como justa, no porque los súbditos que se sublevaron lo decidieron así por su accion; sino porque en razon de circunstancias y de condiciones particulares que se reunian entonces, fué juzgada así por todo el orbe católico, hasta hacer reconocer como mártires por la Iglesia griega y latina á algunos de los que perdieron la vida en esta ocasion. Se ha cometido pues un error por esos eclesiásticos polacos, de quienes hemos hablado en último lugar; pero como en el error el entendimiento no descubrió claramente todo lo que es necesario ver para juzgar bajo su verdadero aspecto la gravedad de la culpa, existe en favor de los culpables un justo título de indulgencia y de excusa.»

(1) *Dominical*, t. 1, p. 203.

las ceremonias por conseguir mas pronto un alivio en sus dolencias. El que era llevado pomposamente sobre trono portátil, el que con rostro sereno distribuia al pueblo arrodillado bendiciones paternales, el que era contemplado en este estado de gloria y de triunfo, volvia oprimido á su cámara, decia un fiel criado, y pidiendo que se derramase si era posible algun bálsamo en sus heridas que el peso de las vestiduras pontificias habia irritado. Cuando las ceremonias, que son tan frecuentes, no exigian su presencia, no cesaba de trabajar con sus ministros. El número de los dicasterios que tienen derecho á someter sus proyectos al Papa es tan grande, vienen á interrogar su voluntad tan temprano y tan tarde, que no se sabe cuando un Pontífice asiduo á sus deberes puede esperar algunos instantes de libertad. Cuando Pio VIII trabajaba así con sus ministros, era para ellos un espectáculo de admiracion este soberano sábio, reflexivo, bueno, sufrido y modesto, que comprendia rápidamente los negocios, los juzgaba con imparcialidad, y manifestaba en cada una de sus determinaciones el aplomo de su larga experiencia.

Pio VIII, que habia estudiado con fruto la numismática, era aficionado á hablar de sus medallas, á enseñarlas y á informarse de las riquezas de este género que los demas tenian. Un espíritu tan culto debia proteger las letras; así es que cuando cansado de aquellas tan largas ceremonias que ese mismo servidor de que hemos hablado designaba ingeniosamente con el nombre de *campanas* de su señor, y no teniendo mas que un soplo de vida en un cuerpo que no era mas que una llaga se vió á los umbrales de la muerte, uno de sus recuerdos fué tambien en favor de las letras y de las ciencias. Quiso dar al prelado Mai una señal de amistad y proteccion, estendiendo á veinte años el privilegio de publicar exclusivamente,



en el estado Pontificio, sus descubrimientos de la República de Ciceron, y las *Cartas de Marco-Aurelio á Fronton*.

La última enfermedad de Pio VIII comenzó el 47 de noviembre, día de la insurrección de Varsovia. Entonces se tuvo el pensamiento de hacer venir á Roma, siquiera por unos momentos, á algunos de sus parientes para que pudiesen recibir los postreros abrazos de quien tanto honraba á su familia (1). Consultado Pio VIII repitió algunas palabras de su carta á sus sobrinos, y se admiró la firmeza con que renunciaba á tan dulces consuelos. Han resultado males innumerables de toda relacion inmediata de un sobrino con su pariente sobre el trono: así desde que un Papa es elegido y ha aceptado la dignidad, sabe que ha perdido la facultad de invocar el *derecho comun*: muere quizás menos dulcemente como hombre, pero muere mas gloriosamente como Pontífice. Un individuo de esas altas razas pontificias, que debia un brillante estado de fortuna á otras circunstancias, hizo presente que para establecer mejor la nueva ley era necesario ofrecerla menos severa, é hizo valer que el nombre de Castiglioni era honrado hacia mucho tiempo en el Sacro Colegio. «Si, contestó un antinepotista; pero cuando uno ha sido elegido Papa, se ha devorado soio todo el lustre que debe recaer sobre su familia.» Muy conmovido Pio VIII aprobó esta exclamacion con una sonrisa dulce y triste. Como nadie se ve obligado violentamente á ser Papa y á pronunciar el juramento contra sus sobrinos, es evidente que debe de obedecer á su conciencia y no ser perjuro. El 27 de noviembre fué fácil preveer un resultado fatal en la enfermedad del Pontífice. Al día siguiente quiso recibir los sacramentos, pidió su confesor y recibió el

(1) Artaud, *Historia del Papa Pio VIII*, p. 311.

Viático con un fervor ejemplar (1). Por la tarde recibió la Extremauncion de manos del señor Augustoni, obispo de Porfiro y sacrista, y se unió vivamente á las oraciones de la Iglesia. Los generales de las órdenes mendicantes fueron á aplicar al augusto enfermo las indulgencias de sus órdenes. El cardenal de Gregorio, penitenciario mayor, permaneció constantemente, excepto algunos momentos, en la cámara y cerca del lecho del Papa, para administrarle los consuelos espirituales.

Casi ya no se tenia esperanza de verle sobrevivir algunas horas, y parecia reprimir una confesion, que repugnaba hacer su delicadeza (2). En fin, mandó llamar al tesorero general y le dijo, con un tono de modestia, de dolor y aun de temor, que moria muy pobre, demasiado pobre quizás; que habia seguido los ejemplos dados por Pio VII y Leon XII, y que á ejemplo de ellos no habia enriquecido á su familia: que no obstante se arrepentia de haber llevado la austeridad hasta no dejar pan á un escelente servidor, á un verdadero enfermero infatigable que le habia cuidado mucho tiempo en medio de sus padecimientos, sin manifestar el menor disgusto. El amor temia que con su muerte quedase reducido á la indigencia aquel fiel servidor. Apresurémonos á decir que el gobierno oyó la voz moribunda de quien en semejante posicion jamás habia pensado en la fortuna de un servidor digno de tener por amo al soberano que respetaba con tanta grandeza de alma los fondos del Tesoro.

Despues de haber dado, ante los numerosos asistentes que son testigos necesarios de la muerte de un Papa, pruebas evidentes de su espíritu de religion y de bondad, Pio VIII entró en el descanso de los justos en la noche

(1) *Amigo de la Religion*, t. 66, p. 292.

(2) *Dominical*, t. 1, p. 204.

del 30 de noviembre de 1830: Pontífice cuya memoria recomiendan su sólida piedad, su caridad, su moderacion, su rectitud, y el difícil y raro temperamento de justicia y de clemencia.

Este Papa no habia creado mas que seis cardenales, entre ellos el cardenal Weld. Roma se embelleció tambien bajo su gobierno, y el Estado pontificio gozó de completa tranquilidad; pero las violencias que habian conmovido á otras partes de Europa principiaban á producir efecto sobre sus provincias.

Pio VIII vivió sesenta y nueve años y diez dias; reinó uno y ocho meses. Para hallar un pontificado tan corto es preciso retroceder hasta Alejandro VIII (Ottoboni), electo en 1689 y que no ocupó la Santa Sede mas que diez y seis meses; pero este Pontífice al morir tenia ochenta y un años, al paso que Pio VIII acababa de cumplir sesenta y nueve (1).

El 2 de diciembre los despojos mortales del Papa, despues de haber sido embalsamados, fueron espuestos en la capilla Paulina del palacio Quirinal. El 3 por la tarde fué llevada, segun costumbre, á la iglesia de los santos Vicente y Anastasio, la urna que encerraba sus entrañas. Casi al mismo tiempo se trasladó el cuerpo á la capilla Sixtina del Vaticano, desde donde al día siguiente fué trasladado á la iglesia de San Pedro, para colocarlo detrás de la verja de la capilla del Sacramento, de manera que los fieles pudiesen aproximarse á besar sus pies. El 5 el féretro que contenia los restos de Leon XII se removió del nicho en que se habia colocado cerca de la puerta del coro, y se le bajó al subterráneo delante del altar de San Leon, como aquel Pontífice lo habia dispuesto en su testamento. El 6 se colocó el cuerpo de Pio VIII

(1) *Amigo de la Religion*, t. 66, p. 280.

B. del G., tomo XXIII.—X.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VIII.

en el atahud y se depositó en aquel nicho que habia quedado vacante. El 13, último día de las exequias solemnes, pronunció el señor Di Pietro la oracion fúnebre de este Papa.

Al otro día entraron en cónclave los cardenales en el palacio Quirinal. Luis Felipe eligió por embajador extraordinario suyo cerca del Sacro-Colegio á Latour-Maubourg, su embajador en Nápoles, y este ministro fué admitido el 24 de diciembre para presentar á los cardenales la carta autógrafa de rey de los franceses y sus credenciales. Expresó la parte que el príncipe habia tomado en la muerte de Pio VIII, y sus votos por la eleccion de un nuevo Pontífice. «Su Magestad, dijo el embajador, cuya política se apoya en el principio de no intervencion, fundamento sólido de la independencia de los Estados, no podia tener la pretension de influir en los sublimes trabajos á que vuestras Eminencias se consagran en este momento; pero estos trabajos interesan en tan alto grado al bien general de la Religion y al bien de la mayoría de los franceses, que Su Magestad no puede menos de asociarse é ellos con votos ardientes y sinceros. Vuestra sabiduría y vuestro celo, Eminentísimos señores, los habrán ya prevenido en el interior de vuestro pensamiento.» El cardenal de Gregorio le respondió en nombre del Sacro Colegio: «No tenemos otro pensamiento ni cuidado que el gran negocio para que nos hallamos aqui. Aterrados por las circunstancias, hubiéramos quizás temido no poder encontrar un digno sucesor de Pio VIII; pero nos anima la certeza de que esto es obra de Dios y de que son infalibles las promesas de Jesucristo. Así estamos ciertos de que serán oidas nuestras oraciones y las de los fieles, y en el momento marcado por Dios, conoceremos á la persona que él solo sabe haber sido destinada para el oficio de vicario suyo en la tierra. Saldrá, y no tardará, e



gefe de Israel, el soberano Pontífice, quien, con el gobierno de la Iglesia universal, sabrá sostener el gobierno temporal de sus dichos súbditos.»

Los votos parecían reunirse en favor del cardenal Giustiniani; pero España le dió espresamente la esclusión (1): Dios reservaba para gefe de su Iglesia al cardenal Mauro Capellari, de quien se habia tratado mucho en el cónclave anterior, y en cuyo favor se habian inclinado los votos repetidas veces en el cónclave actual (2).

Mauro Capellari nació en 18 de setiembre de 1765 en Belluna, entre Treviso y Cadorna, en el antiguo Estado veneciano, de una familia que habia contado en su seno distinguidos magistrados (3).

Dotado de un carácter dulce y modesto y de disposiciones para las ciencias, entró muy jóven en la congregacion de los Benedictinos Camaldulenses, que tenia entonces en Roma, en Classe, en Montecorona y en Murano, casas ejemplares y llenas de excelentes religiosos. No tardó en distinguirse por una conducta irreprochable y por sus progresos rápidos en el estudio de las lenguas orientales. Profesó la teología en su orden, y los frutos de sus trabajos no quedaron limitados á su monasterio (4).

En 1799 publicó contra los falsos principios del corifeo de los jansenistas italianos, el célebre Tamburini, de Pavía, una obra muy notable y sólida, intitulada: *El Triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia contra los ataques de los novadores combatidos con sus propias armas* (5). En la primera parte se encuentra un discurso preliminar dividido en ochenta y

(1) *Amigo de la Religion*, t. 67, p. 37.

(2) *Amigo de la Religion*, t. 67, p. 86.

(3) *Domicical*, t. 1, p. 101.

(4) *Amigo de la Religion*, t. 69, p. 273.

(5) Roma, en 4.º, 433 páginas.

dos artículos. El autor presenta sus miras sobre la naturaleza del gobierno y sobre la inmutabilidad del de la Iglesia; sigue despues paso á paso los sofismas de la escuela, cuyo gefe en Italia era Tamburini; defiende la monarquía de la Iglesia, y demuestra la soberanía de los romanos Pontífices por el raciocinio, por la tradicion y por la historia; esplica la conducta de Gregorio XII, en la época del concilio de Constanza, y trata diversas cuestiones relativas á esta asamblea: al final de esta primera parte hace ver la tendencia de los jansenistas hácia la soberanía del pueblo, cuando despojan al Papa de lo mas importante que hay en su primacia y lo reducen al simple título de gefe ministerial. La segunda parte, ó tratado de la Infalibilidad Pontificia, contiene veinte y dos capítulos, en los que el autor espone las pruebas de esta infalibilidad, y responde á las objeciones. Termina el libro con un Consejo muy picante de un jansenista á los protestantes y con la respuesta: el autor demuestra en ella los puntos de contacto entre unos y otros. La obra es igualmente recomendable por la eleccion de las pruebas, la sabiduría de las reflexiones y la claridad de las discusiones.

Cuando se creó la Academia de la Religion Católica, el P. Capellari fué uno de los primeros individuos que llevaron á ella el tributo de sus vigilias. En 1801 se le ve ya inscrito entre los individuos residentes, y leia todos los años alguna Memoria en las sesiones de la Academia. En el mismo año 1801 versó su Memoria sobre este punto: *Los diversos errores que han acompañado alguna vez á consentimiento general sobre la existencia de Dios, no atenúan la fuerza de este argumento*. La Memoria de 1802 establecia que la ley natural prescribe tributar á Dios un culto interior y exterior que se designa con el nombre de Religion. La de 1803 probaba que la

profecía de Daniel sobre las setenta semanas se referia únicamente al Mesias, y la de 1804, que la Religion cristiana debe de ser y es esencialmente una en sus dogmas y en su moral: el asunto de la Memoria de 1806 es este: *Para desmentir la creacion se supone en vano la falta de regularidad del universo como inconciliable con los atributos divinos*. La de 1809, que no pudo leerse en este año por razon de las turbulencias de Italia y no vió la luz pública hasta 1816, espone la debilidad de las objeciones que los incrédulos sacan de las desgracias y revoluciones del pueblo judío contra las promesas de felicidad hechas á este pueblo. En 1807 el P. Capellari era en la Academia uno de los censores en ejercicio.

Despues llegó á ser profesor jubilado en teología, vice-procurador general de los camaldulenses, y abad del monasterio de San Gregorio en Roma. En la capilla de San Andrés de esta memorable iglesia, cuya construcción se remonta al año 600, se admirán las pinturas al fresco del martirio del Santo, por el Dominicano y por Guido. El P. Capellari, encargado naturalmente de la guarda de estas sobra maestras, con las que se complacia en hacer los honores á los estrangeros de alta distincion aprovechó esta circunstancia para adquirir un gusto delicado en las artes, que mas adelante debia ostentar con brillo.

Cuando Pio VII fué arrebatado de Roma se vió verificarse literalmente aquel dicho del profeta: *Hérid al pastor, y se dispersarán las ovejas*. Las órdenes religiosas, contra las que asestó siempre la impiedad sus primeros tiros, sufrieron la misma suerte en Roma. El P. abad Capellari volvió al Estado de Venecia y encontró á algunos de sus colegas en su antiguo monasterio de San Miguel de Murano, cerca de esta ciudad. Enseñó en el colegio que allí se habia establecido, y que tenia por provisor al célebre abad Traversi,

y por rector al P. Zurla, despues cardenal. Al abad Traversi debieron los camaldulenses su permanencia tranquila en su isla. Pero en 1811 se les arrebató su biblioteca, muy disminuida ya por el saqueo revolucionario y por las dádivas que habia sido indispensable hacer á la biblioteca de San Marcos, á la academia y al liceo: el resto se puso en venta, y los religiosos tuvieron el dolor de ver disipado el tesoro literario que habian reunido á fuerza de investigaciones y gastos. El P. Capellari deploró esta pérdida, como verdadero amigo de las letras, en su correspondencia con el ilustre abate Baraldi de Módena.

A principios de 1814 se trasladó con el colegio á Pádua, donde supó la libertad de la Iglesia y de la Europa. La vuelta de Pio VII le causó el mayor júbilo. «Es, dijo, el complemento de los prodigios, con que Dios consuela nuestra fé.» Pero la suerte de las órdenes religiosas le ocupaba vivamente y envidiaba la felicidad de aquellos de sus hermanos que residiendo en el Estado de la Iglesia debian de esperar ser mas pronto restablecidos. La Providencia, que tenia sus desiguos, recompensó su adhesion al instituto de San Romualdo. Fué llamado á Roma, y encargado de las funciones de procurador general de los Camaldulenses.

Despues le nombró el Papa sucesivamente consultor de la Inquisicion, de la Propaganda y de los negocios eclesiásticos extraordinarios, examinador de obispos y consultor para la correccion de los libros de la Iglesia oriental. Cuando el P. Zurla llegó á ser cardenal, el P. Capellari fué elegido vicario general suyo en la orden de los Camaldulenses.

Leon XII, sábio apreciador de su mérito, le confió comisiones importantes, entre otras la de secundarle en la nueva organizacion de la instruccion pública, que era preciso hacer abundante, menos costosa y adaptada